

Capitalismo mundializado y procesos de subjetivación

Enrique Carpintero

Psicoanalista. Director de la revista y la editorial Topía

enrique.carpintero@topia.com.ar

Los paradigmas de nuestra época devienen en nuevas perspectivas científicas, técnicas y culturales.¹ En tal contexto se generan nuevas formas de subjetivación donde aparece la coerción que la cultura nos impone en relación con uno mismo y con los otros en términos de autoimagen, autorepresentación y percepción de sí mismo.

En todas las épocas la cultura hegemónica determina las características del *espacio-sopORTE* donde los sujetos procesan la singularidad de su subjetividad al dar cuenta de su condición pulsional. Por ello queremos desarrollar las particularidades de la cultura del capitalismo mundializado y la peculiar forma de subjetivación que promueve.

Veamos algunas cuestiones referidas a esta problemática.²

La singularidad

Según Spinoza, el ser humano es un modo de la Sustancia que llama Dios o Naturaleza. La Sustancia es lo que es en sí, lo que no necesita de otra cosa para ser. Es una *causa sui*, eterna e infinita. La Sustancia tiene infinitos atributos que, a su vez, son infinitos. Nuestro entendimiento que es finito sólo capta dos atributos: el modo pensamiento y el modo extensión. No podemos concebir singularidades que no sean extensión (cuerpo) y pensamiento (*mens*). El ser humano en tanto que pensamiento es un conjunto de ideas que expresan estados del cuerpo. El cuerpo es nuestro modo de ser en tanto extensión donde sus estados son el objeto de expresión de las ideas. Somos composiciones de estados del cuerpo y de asociaciones de ideas ya que somos composiciones de otras singularidades pues los "cuerpos afectan y son afectados" en el colectivo social. Por ello hablamos de individuación como la composición singular que se manifiesta en el *conatus* (deseo-necesidad). Las composiciones se expresan como grados de potencia ya que, como sostiene Spinoza, "cada cosa se esfuerza, en cuanto está a su alcance, por perseverar en su ser". Y agrega: "el esfuerzo con que cada cosa intenta perseverar en su ser no es nada distinto de la esencia actual de la cosa misma". (Spinoza, 1977) Esta esencia consiste en el *conatus* que se expresa de manera singular.

En el sujeto la potencia es la de obrar y de pensar. En este sentido los estados del cuerpo (extensión) y de las ideas (*mens*) son afecciones efecto del obrar de otros cuerpos (causa externa) o efecto de la acción del propio cuerpo (causa interna). Los estados del cuerpo se van sucediendo según las afecciones donde se produce un aumento o disminución de la potencia. Por ello vamos a encontrar básicamente tres afectos: el deseo que es expresión del *conatus*, la alegría que es un aumento de la potencia y la tristeza que es una disminución de la potencia.

*El conatus lo lleva a perseverar en su ser y a transformarse continuamente. De allí que los seres humanos son considerados singularidades en constante movimiento. Por eso el conatus es una potencia de ser productiva. Pero el ejercicio efectivo de la potencia y de la impotencia se realiza por medio de la apropiación de los modos de existencia ya que el sí mismo está determinado por la singularidad de los procesos de subjetivación en el interior de una cultura.*³

La corposubjetividad

En el pensamiento occidental patriarcal capitalista aparece el dualismo jerarquizado mente-cuerpo. Así como la oposición binaria individuo-sociedad. De allí que la subjetividad puede ser entendida perteneciendo al campo de la conciencia como pretende la filosofía tradicional o como equivalente a fantasías inconscientes en una relación de

extraterritorialidad con las contingentes formaciones históricos-sociales como la interpretan algunas perspectivas psicoanalíticas.

Para salir de esta dicotomía nos apropiamos de la ontología spinoziana y del modelo pulsional freudiano para entender la subjetividad desde una conceptualización que plantea una ruptura con la idea de algo interior opuesto a un mundo de pura exterioridad.

Como proponemos en otros artículos, el psicoanálisis establece que un sujeto da cuenta de un aparato psíquico sobredeterminado por el deseo inconsciente. Pero este aparato psíquico se construye en la relación con un otro humano en el interior de una cultura. Es decir, hablar de subjetividad implica describir una estructura subjetiva como una organización del cuerpo pulsional que se encuentra con una determinada cultura.

En este sentido, definimos el cuerpo como el espacio que constituye la subjetividad del sujeto. En esto que llamamos corposubjetividad el cuerpo se dejará aprehender al transformar el espacio real en una extensión del espacio psíquico. El carácter extenso del aparato psíquico es fundamental para Freud, ya que éste es el origen de la forma *a priori* del espacio.

De esta manera entendemos que el cuerpo como metáfora de la subjetividad lo constituye un entramado de tres aparatos: el aparato psíquico, con las leyes del proceso primario y secundario; el aparato orgánico, con las leyes de la físico-química y la anatómo-fisiología; el aparato cultural, con las leyes económicas, políticas y sociales.

Entre el aparato psíquico y el aparato orgánico hay una relación de contigüidad; en cambio, entre éstos y el aparato cultural va a existir una relación de inclusión. En este sentido el organismo no sostiene a lo psíquico ni la cultura está sólo por fuera: el cuerpo se forma a partir del entramado de estos tres aparatos donde la subjetividad se constituye en la intersubjetividad. Por ello la cultura está en el sujeto y éste, a su vez, está en la cultura.

Por ello toda producción de subjetividad es corporal en el interior de una determinada organización histórico-social. Es decir, toda subjetividad da cuenta de la historia de un sujeto en el interior de un sistema de relaciones de producción. Pero lo social como marca en nuestros cuerpos no lo debemos entender como una imposición, sino como el resultado de un conflicto que comienza desde la niñez. Este conflicto tiene los avatares de la castración edípica, que desempeña un papel fundamental en la estructuración de la personalidad y en la orientación del deseo humano.

Por ello todo síntoma debe ser entendido desde la singularidad de aquel que lo padece. Pero también en todo síntoma vamos a encontrar una manifestación de la cultura. Si el paradigma de la sociedad victoriana era la sintomatología histérica, en la actualidad el paradigma es el paciente límite. Este es producto de lo que denominamos un exceso de realidad basado en la fragmentación de las relaciones sociales que nos lleva a encontrarnos con el *desamparo primario*, cuyas consecuencias son la sensación de fracaso, la despersonalización, la locura y la muerte.

Los factores estructurantes del proceso primario

El ser humano nace en unas condiciones de inadaptación entre su organismo y el medio, que generan una absoluta dependencia del niño con sus padres. Las consecuencias de este hecho marcan una estrecha relación entre el nacimiento y la muerte. De esta manera en este período hay una relación fusional entre el niño y la madre. El poder soportar la angustia de muerte que padece el niño va a permitir que la madre genere su capaci-

dad de amor. Es decir, la madre va a poder dar el amor que requiere el niño para su desarrollo en la medida que pueda soportar la angustia de muerte que éste padece, y que se manifiesta en una permanente demanda de atención. El amor es consecuencia de poder soportar la emergencia de lo pulsional que trae el niño, caso contrario aparecerá un agujero en lo simbólico con ulteriores consecuencias psíquicas. Como dice Freud: “El odio es, como relación con el objeto, más antiguo que el amor. Nace de la repulsa primitiva del mundo exterior emisor por parte del yo narcisista”.

De esta manera la madre crea un espacio imaginario atendiendo a las necesidades del bebé para posibilitar el necesario proceso de catexización libidinal; sus pulsiones serán habilitadas para potenciar su singularidad o, caso contrario, encontrará una falla en ese espacio que al no poder procesar lo sumirá en el desvalimiento. Este deseo materno, compuesto de sentimientos amorosos y palabras, genera un espacio fusional que en la función paterna encuentra un límite —ya que no hay espacio sin un límite— en el que se va construyendo el drama edípico donde la interdicción paterna opera con una doble castración que permitirá que ambos, a costa del objeto perdido, se encuentren con su deseo.⁴

En este sentido Freud sostenía que la vida se da entre dos muertes. Esta primera muerte constituye los factores estructurantes del proceso primario que son producto del estado de *desvalimiento originario* que vive el niño al nacer ya que su cuerpo lo siente fragmentado y vacío. Por ello necesita de un *Primer otro* que conforma lo que llamamos un *espacio-soporte* afectivo, libidinal, imaginario y simbólico, el cual produce una encarnadura en el cuerpo que le permita soportar sus fantasías de muerte y destrucción y encontrarse con sus pulsiones de vida, Eros. Su ausencia o sus fallas en la construcción de este espacio-soporte es vivido como una amenaza de muerte ya que la necesidad de subsistir deja de ser posible. Su Yo primitivo se sostiene en un narcisismo primario cuyo prototipo es el seno materno.⁵ En esta etapa el principio de displacer-placer establece que todo lo que atente contra la satisfacción pulsional del Yo de placer absoluto es malo. Todo lo frustrante, todo lo generador de dolor y angustia es ajeno al Yo y se proyecta al mundo exterior. El placer absoluto es la sede de la bondad, mientras lo malo es ajeno. De esta manera se constituye un odio primario, una negatividad radical hacia lo ajeno al Yo de placer absoluto que son el motor de la violencia destructiva y autodestructiva, la sensación de vacío, la nada propia de esa primera muerte que denominamos *la-muerte-como-pulsión* cuyos efectos encontramos a lo largo de la vida.⁶

La-muerte-como-pulsión es una fuerza primaria destructiva que amenaza la integridad del aparato psíquico y su vínculo libidinal con los objetos. Esta fuerza primaria destructiva tiene su base en los factores estructurantes del proceso primario. En ellos aparece lo que queda fuera de la significación e insiste desde lo siniestro a través de la repetición.

Debemos detenernos en lo que venimos diciendo. Lo podemos plantear de esta manera. Nacemos con una “cajita infeliz” que se caracteriza por el estado de desvalimiento originario conjuntamente con el deseo y la necesidad de autopreservación; ambos conforman una marca indeleble que llamamos *imago corporal arcaica* que es reprimida primero por la pulsión escópica (la mirada) y luego por la castración edípica. Pero mientras la “cajita infeliz” está dada de entrada y permanece produciendo efectos, para que se desarrolle el deseo y la necesidad de autopreservación necesitamos de un otro significativo, de un Primer otro que genere un espacio que permita soportar el desvalimiento que nos hace humanos.

Las características de su desarrollo van a depender de su historia individual, familiar y

social. En ellas vamos a encontrar:

1º) El tiempo arcaico del narcisismo primario que aparece antes de la diferenciación interior y exterior. Las pulsiones funcionan de modo autoerótico y se encuentran fragmentadas ya que aún no hay unidad del Yo.

2º) Este Yo primitivo, que Freud denomina de “placer purificado”, donde a partir de las más antiguas mociones pulsionales orales el límite interior y exterior aparece a partir del principio de displacer-placer: lo que el niño acepta lo quiere comer, introducirlo; lo que rechaza lo quiere excluir, escupirlo.

3º) Es el tiempo de la “angustia automática” donde el niño ante la sensación del desvalimiento originario responde rechazando todo lo que considera displacentero a su narcisismo con el odio primario.

Cuando Freud dice que la vida está entre dos muertes está señalando un origen trágico y un destino trágico del sujeto humano. Desde este origen trágico el niño necesita un Primer otro que le dé vida. No sólo desde el punto de vista biológico sino constituyendo ese espacio-soporte afectivo, libidinal, imaginario y simbólico. Este espacio permite que nuestra singularidad encuentre las particularidades de nuestro ser en el proceso de individuación que las identificaciones van a posibilitar. *Somos singulares en potencia ya que necesitamos de un Primer otro para que nos encontremos con otros otros.* En esta imago corporal arcaica vamos a encontrar los factores estructurantes del proceso primario así como la marca que dejó ese encuentro con el Primer otro.

Esta perspectiva nos lleva a que la actualidad de nuestra cultura genera nuevas formas de procesar la pulsión de muerte que no han sido analizadas en la época de Freud. Es decir, nuevas formas de subjetivación cuya consecuencia son los procesos de desligazón de la pulsión de muerte que llevan a la violencia destructiva y autodestructiva y a la dificultad de simbolizar el desvalimiento originario propio de la muerte-como-pulsión que construye un sujeto en la vivencia del desamparo.

La cultura como espacio-soporte

Para Freud la cultura consistió en un proceso al servicio del Eros (de la vida) que, a lo largo de la historia, fue uniendo a la humanidad toda. A este desarrollo se opuso —y se opone— como malestar la pulsión de muerte que actúa en cada sujeto. (Freud, 1979) Es decir la violencia destructiva y autodestructiva, la sensación de vacío, la nada. Es por ello que la cultura crea lo que denominó un *espacio-soporte* que permite la posibilidad de que los sujetos se encuentren en comunidades de intereses. Es así como este espacio se convierte en soporte de los efectos de la pulsión de muerte. En este sentido, es importante tener en cuenta un poder que represente los intereses de una minoría de otro en manos de la mayoría de la población. Esta situación es producto de condiciones económicas, políticas y sociales.

En *Tótem y tabú*, (Freud, 1979b) Freud planteó el papel decisivo que tiene el poder en las comunidades primitivas antes de la aparición de la propiedad privada. Esta premisa es de suma importancia, ya que pone en evidencia que el origen de la propiedad privada no es una determinante absoluta del poder y de dominación social. Esta es una de sus variantes. La hipótesis de la armonía y la igualdad de la sociedad primitiva antes de la introducción de la propiedad privada se convierte en una utopía romántica. También, la existencia histórica del socialismo totalitario estalinista ha demostrado que la función

represiva del poder no desaparece automáticamente con la abolición de la propiedad privada. Este aparece en cualquier forma de organización social. De allí la importancia de la fuerza del colectivo social para permitir formas organizativas que generen comunidad.

Es decir, como plantea Spinoza: no es solamente el afán desmedido de manipulación y dominio de un sector social el que genera el poder. También podemos observar en otros muchos un afán de servidumbre, una impotencia que los lleva a esperar sus alegrías y felicidad de supuestos poderosos. Creer en un salvador. Los seres humanos sufren la servidumbre de sus pasiones tristes que disminuyen su propia potencia. En esta perspectiva el camino ético —según Spinoza— no es una supresión de las pasiones sino enfrentar las pasiones tristes (la depresión, la melancolía, el odio) con el poder de las pasiones alegres (el amor, la solidaridad, etc.). (Spinoza, 1977b) Por ello la importancia de una política liberadora que tenga en cuenta que las pasiones no son meros defectos, meras carencias originadas en la ignorancia. Una buena teoría política ha de partir de que los seres humanos nunca pueden ser plenamente racionales, guiándose por sus opiniones y pasiones comunes. Por ello deben entender las causas de las situaciones que pretenden enfrentar pero la eficacia como teoría y conocimiento capaz de orientar las acciones políticas dependerá no de su verdad o de la fuerza de sus demostraciones sino del contexto institucional y pasional que le permita transformarse en una guía para la acción potenciando la fuerza de los sectores sociales dominados contra el poder que los limita.

Si tratamos de entender las modificaciones que se han producido en la cultura contemporánea y la manera en que éstas influyen en la subjetividad, vemos que toda producción de subjetividad da cuenta de la historia de un sujeto en el interior de un sistema de relaciones de producción.

Para Freud, el término *cultura* —que usa como sinónimo de civilización— remite al momento en que el ser humano se organiza en “comunidad”, poniendo a la naturaleza al servicio de la satisfacción de sus necesidades y sometiénolas a sus demandas. (Spinoza, 1977b) Uno de los rasgos importantes de la cultura es que regla los vínculos recíprocos entre los seres humanos. Este proceso conlleva el establecimiento de una organización económica, política y social, reglamentando normas sociales que se formalizan jurídicamente y que regulan las relaciones entre los miembros de la comunidad.

Pero aquí comienza una nueva contradicción entre un poder que represente los intereses de una minoría y otro en manos de la mayoría de la población. Sin embargo, desde que el mundo es mundo, a excepción de breves períodos históricos y en determinados países, existe una empresa dirigida desde el poder para organizar el sometimiento de los pobres. Este hecho fue ocasionando contradicciones y tensiones que se han resuelto de diferentes maneras en cada momento histórico, ya que es imposible pretender que los seres humanos vivamos según el orden del hormiguero o del panal.

Como venimos afirmando, la cultura crea un *espacio-soporte* donde se desarrollan los intercambios sociales. Este espacio ofrece la posibilidad de que los sujetos se encuentren en comunidades de intereses, en las cuales establecen lazos afectivos y simbólicos que permiten dar cuenta de los conflictos que se producen. Allí el desarrollo de las posibilidades creativas genera la capacidad de sublimación de las pulsiones sexuales y permite desplazar la violencia destructiva y autodestructiva. Es así como este espacio se convierte en soporte de los efectos de la pulsión de muerte.

De esta manera, sostenemos que el poder es consecuencia de este malestar en la cultura. Por ello,

aquellos que ejercen el poder encuentran su fuente de sometimiento en la fuerza de la pulsión de muerte que, como violencia destructiva y autodestructiva, permite dominar al colectivo social. Ésta queda en el tejido social produciendo efectos que impiden generar una esperanza para transformar las condiciones de vida del conjunto de la población.

En este sentido, como dice Marx, “el capitalismo es una relación social”, y para que funcione, el poder ejerce una dominación que no se agota en los aparatos del Estado, los grupos económicos, los partidos políticos y las instituciones sociales, sino que también determina cómo se relacionan los sujetos en la sociedad. Es aquí donde la visibilidad del poder se hace invisible. Donde el poder se incorpora en nuestra subjetividad. Como plantea León Rozitchner:

En Freud se trataría de explicar la estructura subjetiva como una organización racional del cuerpo pulsional por imperio de la forma social. Si cada uno de nosotros ha sido constituido por el sistema de producción histórico, es evidente que el aparato psíquico no hace sino reproducir y organizar ese ámbito individual, la propia corporeidad, como adecuada al sistema para poder vivir y ser dentro de él... Nos interesa mostrar que lo subjetivo es absolutamente incomprensible si no se prolonga hasta alcanzar el campo colectivo de las determinaciones históricas... Mas no sólo lo ‘social’ como marca, como imposición, sino como resultado de un debate, de un conflicto donde la forma social triunfa —y no siempre— sólo bajo el modo de transacción. Transacción: elaboración objetivo-subjetiva de un acuerdo, resultado de una lucha previa, de un combate donde el que va a ser sujeto, es decir yo, no es el dulce angelical llamado niño, tal como el adulto lo piensa, que va siendo impunemente moldeado por el sistema sin resistencia. Si hay transacción, si el yo es su lugar, hubo lucha en el origen de la individualidad: hubo vencedores y vencidos, y la formación del sujeto es la descripción de ese proceso.

Y agrega más adelante:

... hay que comprender la política desde otro lugar: aquel que nos muestre el modo como los ‘elementos’ últimos del poder social —los hombres— son movilizados por la representación del poder que vive en ellos de manera invertida, organizada y dirigida contra ellos mismos. No hay poder colectivo, político por lo tanto, que no suscite o se dirija al poder individual. El despotismo cuenta con la ilusión de trascendencia del poder. Poder que aparece como si viniera sólo desde afuera, en su monstruosa apariencia, dominante e imperiosa, ocultando el hecho de que en realidad se alimenta del nuestro propio. Todo poder despótico se apoya en una relación de dominio individual, y cuenta con la disolución del poder colectivo como inconsciencia de sí, en cada uno, en el momento mismo en que lo domina. (Rozitchner, 1987)

En la actual etapa del capitalismo tardío el poder ha unificado una cultura que, al no crear un espacio-soporte, lleva a una comunidad destructiva. Una comunidad donde impera el sálvese quien pueda. Una comunidad donde la afirmación de uno implica la destrucción del otro produciendo una transformación del tejido social.

Los procesos de subjetivación en la actualidad de la cultura

Siempre hubo nacimiento y estructura social. Lo que está cambiando son las configuraciones específicas de las organizaciones sociales que sostienen este proceso que lleva a modificaciones en la forma que se procesa la pulsión de muerte. En especial aquella que deviene de los factores estructurantes del proceso primario.

La consecuencia de la actualidad de la cultura mundializada es que el sujeto queda atrapado en

el desvalimiento originario propio de la muerte-como-pulsión.

Como decíamos anteriormente, la subjetividad se construye en la relación con un otro en el interior de una cultura. Esta cultura depende en cada etapa histórica de los sectores sociales hegemónicos que establecen una organización económica, política y social cuyo objetivo es reproducir las condiciones de dominación. De esta manera ejerce una “dominación simbólica” (Pierre Bourdieu) para reproducir el orden social hegemónico en el reconocimiento y desconocimiento de la arbitrariedad que lo funda.

Esta “dominación simbólica” se basa en una cultura donde la crisis del tejido social y ecológico produce un imaginario social donde el futuro es vivido como una catástrofe, el pasado no existe y solo queda la perpetua inestabilidad del presente. De esta manera el desvalimiento estructural se encuentra con el imaginario de una cultura donde los desarrollos científicos y técnicos llevan al sujeto a la incertidumbre, la angustia y el miedo; ya que lo único que puede ofrecer es la ilusión de la utopía de la felicidad privada. La felicidad se puede comprar en cómodas cuotas mensuales. El consumo es la medida de nuestro bien-estar. Por ello la subjetivación se realiza por lo que uno tiene y no por lo que es o lo que hace. Es decir, intenta producir un sujeto-mercancía pasivo a los dictados del “mercado” a partir de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías. La regresión al desamparo primario que producen los medios de comunicación lo establece Hazaki cuando plantea que

...estamos ante una conformación mediática, la que constituye una placenta que nos alimenta permanentemente de mensajes e imágenes. Esta requiere que estemos cada vez más conectados a ella y, por eso mismo, somos cada vez más dependientes de la misma. (Hazaki, 2010)

De esta manera el poder de la cultura hegemónica se inscribe en nuestra subjetividad de manera invertida. Es decir la fuerza del poder no potencia nuestro ser, por lo contrario nos lleva a la impotencia al transformarnos en mercancías. Como escribe Marx: “la desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas”.

En este sentido la corposubjetividad da cuenta de la cultura y de la singularidad del sujeto. Por ello la cultura hegemónica produce los procesos de subjetivación y a su vez constituye la singularidad a partir de una subjetividad in-corporada donde —al decir de Spinoza— triunfan las pasiones tristes (el odio, la melancolía, la depresión) sobre las pasiones alegres (el amor, la solidaridad). El exceso de realidad produce monstruos que refieren a una subjetividad construida en la ruptura del lazo social. Es aquí donde el sujeto en la vivencia del desamparo queda encerrado en sí mismo ya que no puede encontrar un procesamiento simbólico acumulando mercancías.⁷ Mucho menos tomando al otro como mercancía. Por el contrario, la cultura, al ofrecer el consumo como modelo de subjetivación lleva a formas de la singularidad donde las identificaciones de clase, de género y de generación se sostienen en las pasiones tristes. Pero no luchamos contra las pasiones tristes con la Razón sino con la fuerza de las pasiones alegres, transformando la Razón en una razón apasionada que permite construir experiencias colectivas. Por ello esta Razón es una razón con otros seres humanos. De allí la pregunta que se formula Spinoza: ¿Por qué hacemos la suposición de que tenemos libre voluntad? La respuesta es pensar que somos entidades separadas. En este pensamiento no vemos nuestra unión real con los otros. Todos somos una sola Mente y un solo Cuerpo. Es en este cuerpo social donde podemos encontrar nuestra libertad. Por miedo a la libertad no nos reconocemos en los otros y nos refugiamos en nosotros mismos. En nuestro narcisismo. Este es el objetivo del poder que se inscribe en nuestra subjetividad a partir de

las nuevas formas de subjetivación que predomina en la actualidad de la cultura mundializada.

Notas

1 Este texto es una versión ampliada de “El costo de integrarnos. Los procesos actuales de subjetivación”, revista *Topía*, núm. 66, noviembre de 2012.

2 Vamos a desarrollar algunos conceptos elaborados en otros artículos. Entre otros podemos citar: Carpintero, Enrique, “El grito del silencio”, revista *Topía*, núm. 66, abril 2013; “El mal y el bien son inmanentes a nuestra condición humana”, revista *Topía*, núm. 65, agosto 2012; “La exhibición obscena del secreto”, revista *Topía*, núm. 63, noviembre 2011; “Tiempo libre para comprar (el consumidor consumido por la mercancía)”, revista *Topía*, núm. 54, noviembre 2008; “La curiosa anatomía del alma”, revista *Topía*, núm. 53, septiembre 2008; “Un paradigma de época: lo innombrable de la pulsión de muerte”, revista *Topía*, núm. 51, junio 2008; “La subjetividad del idiota plantea la pregunta ¿Cómo inventamos lo que nos mantenía unidos?”, revista *Topía*, núm. 40, abril 2004; “La crueldad del poder en Saverio el cruel”, revista *Topía*, núm. 38, agosto 2003; “El yo es nosotros (comentarios sobre psicoanálisis, subjetividad e ideología)”, revista *Topía*, núm. 37, julio 2003. Todos estos textos pueden ser consultados en www.topia.com.ar

3 Para un desarrollo de este apartado: Carpintero, Enrique, *La alegría de lo necesario. Las pasiones y el poder en Spinoza y Freud*, editorial Topía, 2007.

4 Cuando hablamos de la “madre” nos referimos a la actividad de cuidado que realiza un Primer Otro que puede coincidir con la madre biológica o un sustituto que puede ser mujer o varón. Lo importante para que se constituya en ese Primer Otro es que posibilite a través del amor un espacio que permita soportar la angustia de muerte.

5 El término *Hilfflosigkeit* usado por Freud aparece traducido de diferentes maneras como desamparo, indefensión, invalidez, inermis o desvalimiento. Nosotros usamos el término “desvalimiento” para referirnos a la vivencia del estado originario que produce el trauma de nacimiento. Toda situación traumática remite a ese primer estado. Por ello hablamos de **desvalimiento originario**. En cambio usamos “desamparo” para aquella organización psíquica en la que se vivencia una falta de contención del mundo externo en relación al mundo interno.

Desamparo significa abandono, falta de ayuda o favor. Desamparar es dejar sin amparo o favor a la persona que lo pide o necesita. Podemos decir que es una problemática que aqueja a algunas personas en diferentes momentos de su vida, pero especialmente durante períodos en los cuales se encuentran potencialmente vulnerables y dependientes, ya sea física y o psíquicamente. Esto ocurre especialmente en la niñez. Dicha vulnerabilidad debiera decrecer con la edad y sobre todo disminuir al finalizar la adolescencia. Sin embargo sabemos que existen períodos en los cuales el sujeto ve puesto a prueba sus recursos psíquicos. **Es decir, en el “desamparo” encontramos la vivencia de una falla primaria en la constitución del espacio-soporte del Primer Otro.** Esta diferencia conceptual la consideramos importante en la clínica ya que determina la gravedad de ciertas formaciones sintomáticas; el desvalimiento da cuenta de un sujeto cuyo trauma originario es imposible de elaborar ya que algo que no estuvo no puede ser reemplazado simbólicamente. Siguiendo “las series complementarias” de Freud toda situación traumática que vive *a posteriori* lo remitirá a ese agujero. El trabajo terapéutico consiste en que pueda vivir-con ese agujero en lo simbólico. En cambio el “desamparo” remite a una negatividad que implica la necesidad de procesar simbólicamente una historia que deviene de los factores estructurantes del proceso primario.

6 Hablamos de principio de displacer-placer ya que el bebé evita el displacer y, como consecuencia, busca el placer. En este sentido el aparato psíquico no es hedonista, lo que trata de evitar es el displacer.

7 Sobre este tema Carpintero, Enrique (compilador), *Actualidad de “El fetichismo de la mercancía”*, Carlos Marx, Eduardo Grüner, Pablo Rieznik, Miguel Kohan, Oscar Sotolano y Cristián Sucksdorf, editorial Topía, Buenos Aires, 2013.

Referencias

- Carpintero, Enrique (2007) *La alegría de lo necesario. Las pasiones y el poder en Spinoza y Freud*. Editorial Topía, Buenos Aires.
- Carpintero, Enrique (2012) “El costo de integrarnos. Los procesos actuales de subjetivación” en revista *Topía*,

núm. 66, noviembre, Buenos Aires.

Freud, Sigmund (1979) *El malestar en la cultura*, O.C., tomo XXI. Amorrortu editores, Buenos Aires.

Freud, Sigmund (1979b) *Tótem y tabú* [1913], tomo XIII. Amorrortu editores, Buenos Aires.

Hazaki, César (2010) *El cuerpo mediático*, editorial Topía, Buenos Aires.

Rozitchner, León (1987) *Freud y el problema del poder*. Plaza y Valdés ediciones, México.

Spinoza, Baruch (1977) *Ética*, México. Editorial Porrúa, México.

Spinoza, Baruch (1977b) *Tratado Teológico-político*, Editorial Porrúa, México.